II.

TINIEBLAS.

Hacia cinco dias que clara Mac Farlane habia caido entre las manos de Bob Lantern, el que la *cedió* a Bishop el burqueador. Este se la entregó al doctor Moore.

El doctor Moore la tenia desde entónces encerrada en su casa de Wimpole Street.

Allí es donde se despertó despues del largo sueño facticio provocado por el agua de M. Bishop, de que la oficiosa y condescendiente mistres Gruff habia derramado una buena dósis en el famoso *Scotch-ale* de la posada del Rey Jorge.

No pasó mucho tiempo sin despertarse; apénas hacia media hora que el practicante Rowley la dejó encerrada en el cuarto preparado de antemano para recibirla. cuando abrió los ojds la pobre niña.

Al principio no pudo hacerse cargo de su situacion; creyò dormir aún con un sueño pesado, porque la rodeaba una oscuridad compacta é impetrable; mas un recuerdo acabó de despertarla.

—¡Padre mio! murmuró, yo he visto a mi padre....

Representóse en seguida a su imaginacion la escena del Támesis, pero vaga y confusamente, tal en fin como Clara la habia percibido en la corta tregua en que la mente de esta infortunada recobró sus facultades entre su sueño letárgico y su desvanecimiento.

Una sola cosa sobresalia en el fondo tenebroso de su memoria, y era el pàlido rostro de Angus Mac Farlane, alumbrado por los rayos de la luna.

La idea de los hechos anteriores fuè mas viva y completa; acordóse del vasto aposento de la posada del Rey Jorge, de su hermana dormida y de la agonía de su lucha contra el sueño.

Este pensamiento la anonadó.

—¡Mi pobre Ana! dijo inclinando el rostro sobre el pecho; la habràn muerto.... pero ¿por qué no haberme muerto a mí tambien?....

Interrumpióse de repente: una sombra de esperanza acababa de bajar a su corazon.

—¡Ana! pronunció en voz baja estendiendo los brazos aderecha é izquierda; ¡si estuviera aquí!.... ¡Ana!

Nada hallaron sus brazos. ni nadie respondiò.

—¡Oh! esclamó, Ana es muerta.... ¿Y yo?.... esta oscuridad profunda y silenciosa.... yo tambien.... estoy muerta....

Al principio fué esta una idea vaga, mas bien de esperanza que de temor; pero despues se apoderó de su mente y creyéndose trasformada, si no muerta, no se reconocié ya.

—¡La muerte!.... ¿es acaso esto? continuó,—una noche eterna.... una oscuridad profunda, sin estrellas.... ¡Oh! ¡ya me acuerdo! ¡he blasfemado en esa casa maldita!.... ¿Qué homos hecho a Dios, he dicho, para mere-

cer este martirio cruel?.... ¡Yo lo he dicho, y Dios se venga.

Permaneció un instante silenciosa y abatida; mas al cabo de algunos instantes añadió con una voz mas consolada:

—Ana, mi querida Ana, debe estar en el cielo....

Clara cruzó los brazos sobre el pecho y el contacto de su propia carne le hizo estremecerse.

—Pero no, ¡yo no estoy muerta! dijo; me han metido viva en la tumba. ¡La oscuridad!.... esta oscuridad me quema los ojos.... ¿Cuànto tiempo se sufre así àntes de morir?....

Aquello no se semejaba a nada de cuanto se ve en la vida comun; en esta no hay ninguna oscuridad tan profunda, que el ojo no puede acostumbrarse a la larga y entrever algun objeto en la sombra, algun reflejo perdido, alguna débil claridad. Nuestra oscuridad da siempre paso a algun rayo consolador.

Si falta la luna en el cielo, si la niebla ó la tempestad pone una celosa venda sobre el brillo diamantino de las estrellas, queda en una misteriosa claridad. La niebla da luz; la tormenta tiene su antorcha en el relámpago; parece que la misma natura tiene tanto horror a la oscuridad como al vacío.

Clara Mac Farlane, annque tan niña, tenia toda la fuerza y el valor naturales a su edad y secso; pero esto no bastaba contra la abrumadora opresion de una soledad absoluta, multiplicada por el silencio y las tinieblas.

Creia a veces estar muerta; ¿y no era en efecto un gran síntoma de la muerte la total ausencia de toda sensacion? ¿Ni ver, ni oir, y al estender los brazos en la oscuridad hallar tan solo el vacio?

Pero esta creencia, que prolongada habria sido un verdadero beneficio, puesto que con ella hubiera traido el reposo, ó al ménos, la apatía, solo era fugitiva. La desgraciada niña sintiò la vida en su mismo dolor, y no pudo reprimir un profundo suspiro.

Esto equivalió a despertarse por segunda vez, y su angustia fué mayor que la primera. Clara hizo un movimiento y sintió vacilar su silla: un frio mortal corrió al mismo tiempo por sus venas y se apoderò de todos sus miembros fatigados.

Mas la valiera morir.

Pero aún tenia fuerzas para sostener algun tiempo la horrible lucha, debiendo durar bastantes horas su martirio.

En lugar de ceder de repente, se animó un instante impelida por su natural energía, y latiéndola el corazon, se levantó queriendo sondear su desgracia hasta el fondo, é inspeccionar su tumba en cuanto fuese posible.

A los tres ó cuatro pasos, su mano estendida encontró un obstáculo: era esto una barrera de una especie singular, que cedia al empuje de la mano, pero solo hasta cierto punto; se hubiera dicho que era un muro formado de colchones desde el suelo hasta el techo.

Dirigióse Clara hácia otro lado, pero tropezò con igual obstàculo, que obstruyó del mismo modo su paso.

A derecha é izquierda y por todas partes le sucedió otro tanto.

Encontrábase en una especie de cajon grande forrado por todos lados. ¿Con qué objeto?.... Clara no podia adivinarlo; pero cuando al fin se aumentó su terror, lanzò un agudo grito, que ahogado por decirlo así a su alrededor, no tuvo eco y muriò como un murmullo.

Estas paredes de colchones eran una precaucion con-

tra el ruido de dentro y una muralla contra el del esterior; así es que en este reducto terrible era tan completo el silencio como la oscuridad, y los gritos de la cautiva debian morir aprisionados con ella.

La infortunada continuaba palpando, y siempre encontraba la blanda uniformidad de los elásticos colchones. Como no sabia donde habia comenzado, proseguia su tarea esperando hallar alguna cosa diferente.

De este modo dió vueltas muchas veces a su celda, hasta que al fin se detuvo perdida, creyendo haber recorrido un dilatado espacio.

El tiempo que pasaba no tenia para ella mas medida que la estension, y las horas, tan lentas en la agonía, le parecian largos dias.

Hubo un momento en que se apoderó de su alma una fogosa cólera, indignándose, contra su mortal terror, desafió aquella mortal oscuridad que la envolvia como un sudario; quiso vencer aquel silencio enemigo, y pidió socorro gritando, hasta que se puso tan ronca que apènas podia producir algunos sonidos débiles. Absorbian de tal modo su voz las paredes preparadas, que su garganta perdió despues de algunos esfuerzos la facultad de vibrar.

Por fuerza y a pesar suyo tuvo que callar, lo que aumentó su cólera: el fuego de esta fermentò en su cerebro y en un movimiento de delirio se lanzó hácia adelante con violencia.

Acaso era esta una irreflecsiva y súbita tentativa de suicidio, efecto que produce a menudo la soledad, mala consejera que casi siempre presta oidos a la desesperacion.

Pero la cabeza de Clara no se hizo el menor daño, dando sobre los colchones que cubrian la pared. En esta estraña prision, ni aún era posible morir de pronto; era

preciso esperar y seguir sin apresurarse, la perezosa marcha de la agonía; era necesario apagarse lentamente bebiendo gota a gota desde el borde hasta las heces en el profundo cáliz de la muerte.

Sin embargo, aturdida Clara por el choque, cayó en el suelo, en el que habia una abundante cama de paja y permaneció un instante sin sentido. Cuando se despejó su imagiuacion poco a poco, se sintió mas tranquila y capaz de orar.

Entonces, durante algunos minutos, su ardiente devocion animó su dolorido y helado corazon. Este era el momento del Hosanna de Jab. Rogó a Dios la dulce mártir, y entregó su alma a las austeras esperanzas de la religion.

La pobre niña no queria separar de su mente las consoladoras ideas del cielo; pero pronto cayó de nuevo en sus dolorosas agonías, pasando veinte veces por las mismas alternativas de cólera, de abatimiento y de esperanza.

Rogó, maldijo, y lloró.... y así se pasaron las veinticuatro horas primeras de aquella horrenda prision.

No llegaba a oidos de la infeliz reclusa el menor ruido, ni percibia la mas débil claridad. Las tinieblas que la rodeaban no eran de aquellas a que se acostumbra la vista. ¡Siempre la misma oscuridad, opaca, lúgubre y terrible!

Acababa de orar, y su tortura hacia tregua un momento para empezar de nuevo sin duda, cuando de repente se hizo sentir en ella la punzante necesidad del hambre; hacia mas de dos dias que Clara no habia comido.

Llevó la mano a su seno, y si la sonrisa de un ángel hubiera alumbrado aquella oscuridad absoluta, habria visto Clara los muros de su calabozo, porque tambien sonrió dulcemente a este nuevo sufrimiento.

Al cabo de este sufrimiento estaba la muerte, y Clara la saludó de lejos como a una amiga generosa, cuyos brazos abiertos son un asilo supremo.

A medida que la debilidad se aumentaba en ella, cambiaban sus ideas: mil pensamientos distintos se revolvieron confusamente en su cerebro, pensamientos punzantes y alegres, girando mezclados con estraordinaria rapidez.

Al mismo tiempo se apoderó de su cuerpo desfallecido una sensibilidad ecsagerada. Tuvo estremecimientos sin motivo, locos deseos de correr, de revolcarse, de bailar.

Agitàbase en su cama de paja, y mas de una vez una repentina carcajada turbó el silencio mortal de su tumba, formando un contraste funesto.

La pobre niña estaba encetada, segun la horrible espresion del doctor Moore.

Su sistema nervioso empezaba a ceder a los sordos ataques del hambre, la oscuridad y el silencio.

A veces sentia de pronto un terror indecible que la dejaba yerta y casi sin vida; un instante despues asomaba a sus labios un dulce canto, pero al punto se callaba horrorizada de su propia voz.

De allí a un momento veía fantásticos rayos de luz que corrian en todos sentidos como las espigas de fuego de un haz artificial; a lo léjos pasaban rostros estraños, lívidas formas y espectros envueltos en blancos sudarios.

Gritaba débilmente la infeliz y se cambiaba la escena en un baile; el brillo de las luces la hacia cerrar los ojos, y la danza giraba con rapidez en torno suyo; componiase de hermosos caballeros y de mugeres medio desnudas y risueñas, llenas de perfumes, de diamantes y de flores.

Tambien ella sonreia, aspiraba los perfumes, y sentia el dulce encanto de la armonía; pero un estremecimiento redentino de sus nervios fatigados, la volvió a sumir en su

oscuridad; y dejándose sentir el dolor fisico, se oprimió el estómago con ambas manos y empezó a quejarse como un niño que sufre durante su sueño....

Otro dia pasó aún: tan débil estaba Clara, que no podia ya moverse en su triste cama de paja. A la idea de Dios habian succedido en su mente mil ideas estravagantes producidas por su grande debilidad.

Su hermana, su padre, Estevan, pasaban por delante de ella sin verla, y aunque hacia un esfuerzo para llamarlos, se detenia la voz en su garganta....

Despues se mostraba a lo léjos otra imágen....

Entónces se cubria Clara los ojos cansados de llorar, corrian las lágrimas con abundancia por sus megillas, y murmuraba su voz moribunda:

—¡Eduardo!.... ¡Eduardo!....

III.

ALUCINAMIENTO.

Era esta una terrible agonía, a cuyo lento y mortal suplicio nada puede compararse. Solo la idea de tan desapiadada tortura oprime el corazon y hace estremecerse.

No puede decirse que ántes de esto ignorase Clara Mac Farlane lo que era sufrir: pues hacia seis meses que padecia, desde que se apoderó de su corazon, a pesar suyo, un amor violento é irresistible con que luchaban los devotos escrúpulos de su conciencia: sufria ademas, porque este amor oculto a los ojos de todos, entibiaba la confianza sin límites que hasta entónces habia ecsistido entre ella y su hermana, y sufria, en fin, porque este amor tanto mas ardiente cuanto que trataba de ahogarlo, la abrasaba con una llama silenciosa y solitaria, sin otro alimento que vagas esperanzas, un deseo ignorado aunque inmenso, y a largos intervalos algunas horas de muda contemplacion ante el hombre amado.

Pero este sufrimiento era de aquellos que nos son gratos al igual de la dicha, y que los poetas han llamado el *dulce martirio.* Verdad es que a menudo hace verter abundantes lágrimas a las jóvenes sensibles; pero cuando mas tarde, felices ya, recuerdan esas lágrimas, se anubla su vista, se levanta su seno y pasa una brisa por sus labios, a que asoma una sonrisa melancólica. Esa brisa es una esperanza, porque entónces sienten.

En lugar del dulce mal de amor que lleva consigo su consuelo y sus placeres, se encontraba Clara sumergida de repente en la atroz realidad de una agonía inaudita y que no habria podido temer sin locura dos dias ántes.

Habia en Londres una débil y desgraciada criatura que se moria de un mal desconocido, y se tomó a Clara robusta, lozana y radiante de hermosura, para cambiar su vigor en desfallecimiento. La oscuridad de una tumba servia de velo impenetrable a las perfecciones de su cuerpo; oprimíase su alma entre la soledad y el silencio, y minaban así su fisico al mismo tiempo que su moral, aniquilando con deliberada intencion su próvida naturaleza: de este modo arruinaban científicamemte su temperamento y su razon.

Y todo esto era para hacer esperimentos en seguida, haciendo de ella el mismo uso que de un cadáver que sirve a los estudios medicales.

Los miembros del Colegio Real ensayan sus remedios ordinariamente en los perros; pero el doctor Moore habia perdido sin duda la esperanza de poner histérica una perra. Ademas, le importaba poco a este práctico ilustre el matar a una muger para hacer un esperimento.

Ya le hemos oido esplicar tranquilamente su sistema al marques de Rio Santo.

Atacaba a Clara por la dieta y el secuestro absoluto en la oscuridad.

Estos medios eran por cierto infalibles para llegar al punto que se proponia el doctor. Cualquiera muger jóven y en estado de pubertad, sometida al *método* que Clara Mac Farlane, habria sufrido los terribles efectos que esta, pues el vigor no sirve en un caso semejante; acaso daña mas que favorece, y la prueba es, que los temperamentos mas robustos son los que mas fácilmente se postran.

Solo el vigor del alma puede resistir un tiempo dado, aunque llega tambien a ser vencida a su turno, acabando por seguir la aberracion de los sentidos. En los histéricos padece la mente, se debilita y se duerme en la apatía donde muere, miéntras que el cuerpo le sobrevive, entregado miserablemente a la locura ò al idiotismo.

Al cabo de los dos primeros dias de *dieta y secuestro*, esperimentó Clara Mac Farlane todos los síntomas de una afeccion nerviosa muy adelantada. No podia ya darse cuenta de su estado sino a raros intervalos lucidos que a cada momento se prolongaba mas. El hambre, que era ahora su mayor sufrimiento, no se limitaba ya a fatigar su estómago con angustias intolerables, sino que invadia todo su cuerpo. Tenia los miembros quebrantados y la cabeza desvanecida, y por ante sus ardientes ojos pasaban rápidos y dolorosos fantasmas.

Sentiase a veces morir; otras pensaba con amarga desesperacion que aun podria vivir así mucho tiempo. No se atrevia a orar, porque entre ella y Dios, que se lo representaban terrible é inecsorable, segun las ideas de la devocion escocesa, se colocaba obstinadamente una imágen humana; habia en sus labios un nombre de continuo, que mezclado a la oracion la hubiera hecho sacrílega.

Este nombre era el de Eduardo.... Eduardo, a quien amaba y que era su todo, llenando de tal modo y dominando tan enérgicamente la fugitiva claridad de su mente, que su piadosa alma perdia el recuerdo de Dios....

¿Y puede la justicia divina tener por un crímen el funesto trastorno de las horas de la agonía? ¿Puede pecar aùn el alma que vacila en los límites de la vida?

La pobre Clara habia procurado apartar de su imaginacion aquella imágen para volverse hácia el cielo; pero no le fué posible. Eduardo estaba en su mente, adornado con su hermosura casi sobrehumana y con los mil prestigios de la ausencia y de las penas; estaba allí con su frente pensativa iluminada por la claridad religiosa de las làmparas de Temple-Church, ó acostado muellemente en un sofá, alumbrado por un rayo del naciente sol, y arrojando al traves de la populosa calle, aquel beso ùnico de que Clara creia sentir en su labio ardiente el benèfico encanto. Solo se ocultaba esta imágen cuando insensible Clara, ó vencida por el dolor, perdia hasta la facultad de pensar. Pero pronto volvia el adorado recuerdo acompañado de dolorosas penas ó de inefables éstasis.

Estas enfermedades que atacan el sistema nervioso y el cerebro, presentan una série siempre nueva é inesperada de estraños fenómenos; llevan consigo sufrimientos inauditos, al mismo tiempo que deleites incomparables y ensueños como los que inspira el ópio a los visionarios del Oriente. Se está mitad en el infierno, mitad en el paraiso, y este contraste mata.

Acostada Clara en su cama de paja, vió durante su larga noche muchas visiones terribles, tambien las vió encantadoras, y se le presentaron otras en que se mezclaban de un modo estraño el dolor y la alegría.

Hubo un momento en que asomó la sonrisa a sus labios, una sonrisa de tranquila felicidad en medio de una convulsion espantosa.

La vez de que hablamos, se habia visto Clara de repente en los brazos de Eduardo, que atravesaba al galope las calles de Lòndres en un magnífico caballo. Por todas partes se separaba la multitud espantada. Volaba el caballo, y Eduardo tranquilo y seguro sobre la silla, pasaba el brazo al rededor de la delicada cintura de Clara, sintiendo esta la dulce presion de este brazo cuya mano se detenia justamente sobre su corazon.

Inclinada hàcia atras, contemplaba a Eduardo, como se mira cuando los ojos se tocan casi y se encuentran las pupilas en un magnètico contacto. Su aliento subia hasta la boca de Eduardo, y todo esto le hacia desfallecer de gozo.

Eduardo la miraba tambien sonriendo, y en esta sonrisa veía Clara un mundo entero de encanto: era a la vez el señor que desciende a amar a su esclava, y el caballero que adora y sirve a su dama; imperioso y real, era al mismo tiempo tierno y sumiso.

El hermoso caballo proseguia su carrera, y las pardas casas de Londres huían a la vista de Clara como llevadas por un torbellino....

De cuando en cuando alargaba Eduardo el brazo para colocar bien a Clara sobre la silla, y entónces se sentia ella mas cerca y mejor. Sus ojos húmedos le daban gracias, miéntras que Eduardo se inclinaba sonriendo y besaba el estremo de sus hermosos rizos.

Obraba con tal fuerza esta quimera de dicha en la trastornada mente de Clara, que se inundaron sus sienes de un sudor copioso, pudiendo apenas respirar de la fatiga que sentia su pecho.

Desaparecia Londres ya a lo léjos, y ahora veía Clara la hermosa campiña que sonreía al sol, desplegando las vastas riquezas de sus luminosos horizontes hasta perderse de vista. ¡Qué bello es amar en la libertad del campo! ¡Cuàn deliciosamente inflama el aire de la soledad un seno oprimido de ternura! Y ¡cuántò mas hermoso es el amor ante los vastos esplendores de la natura, y cuánto mas bella parece esta a los ojos enamorados.

Clara se entregaba con ardor a esta dicha que la rodeaba por todas partes. Débil contra estas mortales delicias, les daba su último aliento con un corazon pródigo. Su mirada se deslizaba del noble rostro de Eduardo a las magnificencias del paisage y volvia fascinada a perderse en la mirada de su amante.

El caballo se paró de pronto: Clara lo buscó y no lo viò ya. Entónces se sentó sobre el césped al lado de Eduardo: mudo este como ella, le hablaba únicamente con sus encantados ojos, cuando un estremecimiento doloroso vino a agitar sus miembros. Esta vez no eran sus nervios fatigados los que produjeron su agitacion; todavía duraba el sueño. Acababa de ver, sentada como ella, sobre el césped y al otro lado de Eduardo, una muger.

Su corazon sintió un horror glacial.

No podia distinguir las facciones de esta muger, cuyo talle percibia vagamente como una forma indecisa en la oscuridad de la noche. Abrazóse a Eduardo, que no correspondió a su caricia, y zelosa Clara y herida en su amor sin límites, miró de nuevo a aquella muger.... aquella sombra.... ¡su rival!

Reconoció por fin a su hermana y pronunció su nombre con desesperacion.

Ana se volviò risueña. Eduardo miró a la una y despues a la otra, como si vacilara, y rechazando en seguida a Clara con un gesto de frialdad, se hincó de rodillas a los piés de Ana.

Clara, la pobre niña, dió un suspiro doloroso y cayó yerta sobre la paja de su prision.

Entónces fué tan completo el silencio como la oscuridad en el calabozo: ni aún se oia la respiracion de la infeliz cautiva.

No era probable que jamas pudiera realizarse su sueño con un principio tan dulce como doloroso era el fin, pues el porvenir de Clara parecia no deber dilatarse mas que algunas horas; sin embargo contenia alguna cosa de verdadero, y esa misteriosa facultad de prediccion que dicen precede a la muerte, acababa de revelar a Clara el amor de Eduardo por su hermana.

El mas profundo silencio reinó en el calabozo durante una media hora, al cabo de cuyo tiempo habria podido oirse un pequeño ruido en el techo: al mismo tiempo, un rayo de luz de forma cónica atravesó las tinieblas dando claridad a los átomos suspendidos en la atmósfera de la prision.

El rayo trazó en un principio un círculo de luz en la paja del suelo, y despues se fuè estendiendo hasta alumbrar sucesivamente toda la superficie del piso. Al cabo de algunos momentos se encontró Clara alumbrada de repente.

La pobre niña estaba acostada en la paja, privada de sentido. Estos dos dias de tortura la habian puesto casi desconocida. Su noble rostro, enflaquecido por el sufrimiento y el hambre, conservaba, ademas, las señales de la convulcion que poco àntes la agitàra.

¡Un verdugo no habria podido contemplar sin compadecerse los efectos de este bárbaro suplicio, ejercido sobre una criatura tan bella y admirable, aun en aquel estado de agonía.... ¡Un verdugo se habria compadecido de aquellas manos delicadas, oprimiendo con un gesto mudo de desesperacion aquel seno armonioso que no ya latia.... de aquellas mejillas pàlidas y rendidas por el sufrimiento.... de aquellos ojos abiertos y empañados.... de aquellas arrugas que rodeaban una boca infantil tan bien hecha para la sonrisa!....

Pero el hombre que tenia arriba la linterna, no se compadeció, y no era un verdugo, sino maese Rowley, el practicante al servicio del doctor Moore.

Despues que hubo ecsaminado bien las facciones de miss Mac Farlane a la luz de su linterna, dijo:

—¡Va, va, va!.... prescindiendo de todo eso, no vale cien guineas.... pero puesto que se han pagado, no deben perderse.... parece que la niña tiene ganas de morirse sin pedirnos permiso.... ¡Pardiez!.... Cuando hemos resucitado a un ahorcado, ya podrémos alargar la vida de esta.... ¡Va, va, va, hija mia, nos costais cien guineas, y ya veis que este dinero merece la pena de que vivais aún un poco mas....